

# BARUCH

**M**E CONOCÍ CON BARUCH EN Rijnsburg, Países Bajos, en el año de 1652. Han pasado 366 años desde entonces, y nuestra amistad perdura. Sigue siendo un hombre retraído y solitario, de pocas palabras y caminar lento, los ojos bien abiertos para no perder ni el más mínimo detalle, y siempre me dice:

—Tienes que aprender que con la razón todo se puede pensar, describir, analizar hasta el más mínimo detalle. Hay que ser racionalista total, extremo, sin contemplaciones. De lo contrario, terminas aceptando tantas teorías que van por ahí y que te llevan a la mentira. No puedes dejarte guiar por los sentidos, ellos engañan siempre. La razón, la razón...

Esta conversación la tuvimos cuando llegué a los Países Bajos. Yo iba con un cargamento de banano desde Colombia y Baruch trabajaba con su padre en un negocio de importación de frutas desecadas.

—¿Por qué hablas español y no holandés? —le pregunté.

—Claro que hablo holandés, claro que sí. Yo nací aquí, pero sucede que mis padres son judíos españoles. Los Reyes Católicos, en 1492, más católicos que el mismo papa, resolvieron implantar, con el mayor rigor, la terrible Santa Inquisición. Entonces, para ellos era obvio que los judíos eran herejes totales y, sin la menor contemplación, expulsaron a los judíos de España. O se iban, o se convertían al catolicismo, o los



JORGE VALENCIA JARAMILLO

mataban. Mis padres, después de muchas vacilaciones, resolvieron emigrar a Portugal, donde el monarca del momento se resistía a instaurar la Inquisición. Pero la dicha duró poco, pues esta llegó y allí también comenzaron los inhumanos castigos a los herejes, lo cual llevó a mis padres a buscar qué hacer, hacia dónde ir. Encontraron que los Países Bajos, a pesar de estar dominados por los españoles, eran los más tolerantes de toda Europa, y se vinieron para acá. Ese es mi origen: soy un revuelto entre las culturas española, portuguesa y holandesa, pero judío, al fin y al cabo.

—Ya entiendo —le dije—. ¿Y eres muy practicante de la religión y la cultura judías?

—Poco, la verdad; más bien poco.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, es una historia un tanto larga. Si nos volvemos a ver, quizás te la cuente.

—Entiendo. Es solo por curiosidad que te lo pregunto. Los judíos que conozco son en general muy ortodoxos, muy practicantes de su religión, muy seguidores de su cultura.

—Bueno, pero hay excepciones.

—¿Y eres tú una de ellas?

—Digamos que sí.

—¿Qué sucedió? Cuenta algo, no más.

—Desde niño yo empecé a recibir, como era de rigor, toda la educación judía. Aprendí hebreo, la lengua de mi pueblo; la comida siempre era la nuestra; estudiábamos la Torá y el Talmud en profundidad; y se nos enseñaba a reverenciar a Yahvé, que era nuestro Dios. Me dedicaba a aprender con la mayor

La geometría de Euclides era su obsesión; la metafísica de la razón, tal como me lo había dicho el primer día, seguía incólume y, a través de ella, había construido uno de los pilares de la filosofía de Occidente.

aplicación. Pero, lentamente, empecé a pensar que no me convencía del todo quién era en verdad Yahvé; cómo se explicaba su existencia. Decidí discutirlo con mi padre, después con mi madre y, luego, con otros judíos amigos. Y tras largas conversaciones, llegué a la conclusión de que, para mí, Yahvé no era realmente Dios. En medio de muchas dificultades con mi familia renuncié a mis estudios. Tenía yo catorce años y mi padre me amenazó con expulsarme de la casa. Finalmente, decidió que me dedicara por completo a trabajar en su empresa de importación de frutas desecadas, que es lo que ahora hago.

Baruch y yo teníamos que seguir con nuestro trabajo y fue necesario despedirnos.

—Ojalá en mi próximo viaje vuelva a verte. Me gustaría mucho —le dije.

Había quedado bastante impresionado con su historia, y su personalidad —no sé por qué— me inquietaba, me llamaba la atención. Hice luego muchos viajes a los Países Bajos, pero nunca volví a verlo hasta que, veintitrés años después, qué sorpresa, preguntando otra vez por él, alguien me dijo:

—¿Busca usted al pulidor de lentes? ¿Al filósofo Spinoza?

—¿Pulidor de lentes?, ¿filósofo? Pues de pronto es el mismo, no sé.

—Creo que en esta dirección lo puede localizar.

Para allá me fui. Lo encontré en un simple cuarto, de una casa ajena, rodeado de libros, envejecido para su edad, con mucha tos y los ojos ya apagados. Un poco temeroso, me atreví a preguntarle si se acordaba de mí. Me dijo que no; que quién era yo. Le recordé el momento de nuestro encuentro, hacía muchos años. Sonrió,

incrédulo, pero me invitó a que me sentara y me ofreció un poco de agua.

En esos años había escrito mucho, muchísimo, pero, de manera especial, había redactado minuciosamente su *Ética demostrada según el orden geométrico*. La geometría de Euclides era su obsesión; la metafísica de la razón, tal como me lo había dicho el primer día, seguía incólume y, a través de ella, había construido uno de los pilares de la filosofía de Occidente. Trató temas como la existencia de Dios; la naturaleza humana; la relación inseparable y única de la mente y el cuerpo; el determinismo; la verdad; las pasiones y la virtud; el bien y el mal; la felicidad; la inmortalidad y la eternidad. En fin, el elemental pulidor de lentes había construido una catedral gigantesca del saber humano, que hoy seguimos estudiando sin entenderla del todo; a ratos pensamos que es de granito y que no hay manera de meterle el diente.

Mientras vivió —apenas cuarenta y cuatro años—, Baruch fue un hombre pacífico. Y, sin embargo, fue perseguido ferozmente, tanto en vida, como después de muerto.

Quiso ser absolutamente claro en sus escritos: cero adjetivos, cero metáforas, todo geométrico, transparente como las matemáticas. No obstante, sus interpretaciones han sido infinitas. Se le ha tachado de materialista, de ateo y, después, de panteísta, de espiritual, de místico. Hay que leerlo para pensar después cualquier cosa. ¡Ah!, mi amigo Baruch.

Pero lo que yo jamás me imaginé fue su expulsión de la sinagoga. No la acepté antes ni la acepto hoy. No logro entenderla. En el decreto de excomunión, que me leyó con voz trémula, decía: “Tú, Baruch de Spinoza, por decisión de los ángeles y de los santos, serás expulsado del pueblo de Israel. Maldito serás de día y maldito serás de noche, maldito cuando te acuestas y maldito cuando te levantas. Que la cólera del Señor se desate contra ti y arroje sobre ti todas las maldiciones y que, además, el Señor borre tu nombre bajo los cielos y te expulse de todas las tribus de Israel”.

Poco tiempo después, Baruch murió. Murió para la sinagoga... ¡Vivió para la eternidad! ■